

**13 OCTUBRE 2019
DOMINGO 28-C**



1. CONTEXTO

LOS ENFERMOS DE GALILEA

En cada cultura se vive la enfermedad de manera diferente. No es lo mismo enfermar en la sociedad occidental de nuestros días o estar enfermo en la Baja Galilea de los años treinta del siglo I. La enfermedad no es solo un hecho biológico. Al mismo tiempo es una experiencia que el enfermo interpreta, vive y sufre según el modelo cultural de la sociedad en que vive. Los enfermos a los que Jesús se acerca padecen dolencias propias de un país pobre y subdesarrollado: entre ellos hay ciegos, parálíticos, sordomudos, enfermos de la piel, desquiciados. Muchos son enfermos incurables, abandonados a su suerte e incapacitados para ganarse el sustento; viven arrastrando su vida en una situación de mendicidad que roza la miseria y el hambre. Jesús los encuentra tirados por los caminos, a la entrada de los pueblos o en las sinagogas, tratando de conmover el corazón de la gente.

Los leprosos sufrían su enfermedad de manera diferente. En realidad no son víctimas de la "lepra" conocida hoy por nosotros, sino gentes afectadas por diversas enfermedades de la piel (soriasis, tiña, erupciones, tumores, eccemas...) que, cuando se extienden por todo el cuerpo, resultan repugnantes. La tragedia de estos enfermos no consiste tanto en el mal que desgarr físicamente su cuerpo cuanto en la vergüenza y humillación de sentirse seres sucios y repulsivos a los que todos rehúyen.

Según la mentalidad semita, Dios está en el origen de la salud y de la enfermedad. Él dispone de todo como

señor de la vida y de la muerte. Estos enfermos, considerados como abandonados por Dios, provocan dentro del "pueblo elegido" malestar y turbación. ¿Por qué Dios no los bendice como a los demás? ¿Por qué les retira su aliento de vida? Probablemente su vida no le agrada. Por ello su presencia en el "pueblo santo" de Dios ha de ser vigilada. Es mejor tenerlos excluidos en mayor o menor grado de la convivencia religiosa y social.

Los "leprosos", por su parte, son separados de la comunidad no por temor al contagio, sino porque son considerados "impuros" que pueden contaminar a quienes pertenecen al pueblo santo de Dios. La prescripción era cruel: *"El afectado por la lepra... irá gritando: "Impuro, impuro". Todo el tiempo que le dure la llaga quedará impuro. Es impuro y vivirá aislado"*. (Levítico 13,45-46) Aunque los evangelios presentan a veces a los leprosos cerca de la gente y con acceso bastante fácil a Jesús, se piensa que las prescripciones del Levítico seguían vigentes en ese tiempo. En una sociedad como la de Galilea, donde el individuo solo puede vivir integrado en su familia y su aldea, esta exclusión significa una tragedia. La mayor angustia del leproso es pensar que tal vez ya no pueda volver nunca a su comunidad.

Abandonados por Dios y por los hombres, estigmatizados por sus vecinos, excluidos en buena parte de la convivencia, estos enfermos constituyen, probablemente, el sector más marginado de la sociedad. Pero, ¿están realmente abandonados por Dios o tienen un lugar privilegiado en su corazón de Padre? El dato histórico es incuestionable: Jesús se dedica a ellos antes que a nadie. Se acerca a los que se consideran abandonados por Dios, toca a los leprosos que nadie toca, despierta la confianza en aquellos que no tienen acceso al templo y los integra en el pueblo de Dios tal como él lo entiende. Estos tienen que ser los primeros en experimentar la misericordia del Padre y la llegada de su reino. Su curación es la mejor "parábola" para que todos comprendan que Dios es, antes que nada, el Dios de los que sufren el desamparo y la exclusión.

Lo cierto es que Jesús contagia salud y vida. Las gentes de Galilea lo sienten como alguien que cura porque está habitado por el Espíritu y la fuerza sanadora de Dios. Aunque, al parecer, Jesús utiliza en alguna ocasión técnicas populares, como la saliva, lo importante no es el procedimiento que pueda emplear en algún caso, sino él mismo: la fuerza curadora que irradia su persona. La gente no acude a él en busca de remedios o recetas, sino para encontrarse con él. Lo decisivo es el encuentro con el curador. La terapia que Jesús pone en marcha es su propia persona: su amor apasionado a la vida, su acogida entrañable a cada enfermo o enferma, su fuerza para regenerar a la persona desde sus raíces, su capacidad de contagiar su fe en la bondad de Dios. Su poder para despertar energías desconocidas en el ser humano creaba las condiciones que hacían posible la recuperación de la salud.

En la raíz de esta fuerza curadora e inspirando toda su actuación está siempre su amor compasivo. Jesús sufre al ver la enorme distancia que hay entre el sufrimiento de estos hombres, mujeres y niños hundidos en la enfermedad, y la vida que Dios quiere para sus hijos e

hijas. Los evangelios, tan sobrios siempre para hablar de los sentimientos de Jesús, utilizan constantemente el verbo *splanjizomai* para decir que cura a los enfermos porque se “compadece” de ellos: literalmente, “*se le conmueven las entrañas*” (Marcos 1,41; 9,22; Mateo 9,36; 14,14; 15,32; 20,34; Lucas 7,13). Lo que le mueve es su amor a los que sufren, y su voluntad de que experimenten ya en su propia carne la misericordia de Dios que los libere del mal. Para Jesús, curar es su forma de amar. Cuando se acerca a ellos para despertar su confianza en Dios, liberarlos del mal y devolverlos a la convivencia, Jesús les está mostrando, antes de nada, que son dignos de ser amados.

Jesús se encontró con una sociedad donde había muchos grupos, partidos, espiritualidades... pero todos coincidían en el punto de partida, todos aceptaban lo que en un libro del AT, el Levítico, se dice: *Sed santos porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo*. El pueblo tiene que ser santo para imitar a Dios santo. ¿Y quién es ese “Dios santo”? El que habita en el Templo sagrado, un Dios que elige a su pueblo, pero maldice a los paganos; un Dios que acepta a los puros y rechaza a los impuros; un Dios que es amigo de los buenos, pero que odia a los pecadores... Sin embargo, a Jesús le llamarán *amigo de pecadores*; es decir, cuando Dios se encarna en un hombre, a este hombre la gente le ve como amigo de pecadores... menos mal.

Esta manera de entender la santidad de Dios como algo contrario a lo pecaminoso, lo impuro, lo contaminante, llevó a la sociedad judía que conoció Jesús a ser una sociedad tremendamente discriminatoria y excluyente. Para empezar, los más santos, los que tienen el rango mayor de santidad son los sacerdotes porque tienen que entrar en las áreas más sagradas del templo. A los varones se les consideraba de una santidad ritual muy superior a las mujeres, siempre sospechosas de ser impuras por la menstruación y por los partos; no podían ser sacerdotisas y no podían entrar en el templo sólo un poquito más adelante que los paganos. Los piadosos, los justos, los observadores de la ley, son los benditos de Dios; los pecadores, los malditos. A los sanos se les consideraba bendecidos por Dios, a los enfermos heridos por Dios; no podían entrar en el templo. Es decir, parece que Dios es como nosotros, que siempre nos gusta tener cerca gente agradable, joven, limpia...

Cuando llega Jesús, tiene que reaccionar desde su experiencia del Dios compasivo, y lo hace de una manera audaz; en vez de decir como el Levítico: *sed santos porque yo, el Señor soy santo*, Jesús dice: *sed compasivos como vuestro Padre del cielo es compasivo*, e introduce un horizonte totalmente nuevo en la historia de la humanidad. Jesús no niega la santidad de Dios, pero deja claro que, lo que califica y define al Dios santo es su compasión.; Dios es grande, es santo, no sólo con nosotros; es santo no porque rechace a los paganos, a los pecadores y a los impuros, sino precisamente porque en su corazón santo caben todos. Dios no excluye a nadie; todo el que se acerca a él será acogido, Dios ama sin excluir a nadie.

(Extracto del cap 6 de: **Jesús, Aproximación histórica. PAGOLA. 156-168**)

2. TEXTOS

1ª LECTURA: 2 REYES 5, 14-17

En aquellos días, Naamán de Siria bajó al Jordán y se bañó siete veces, como había ordenado el profeta Eliseo, y su carne quedó limpia de la lepra, como la de un niño. Volvió con su comitiva y se presentó al profeta, diciendo:

- «Ahora reconozco que no hay dios en toda la tierra más que el de Israel. Acepta un regalo de tu servidor.»

Eliseo contestó: - « ¡Vive Dios, a quien sirvo! No aceptaré nada.» Y aunque le insistía, lo rehusó.

Naamán dijo:

- «Entonces, que a tu servidor le dejen llevar tierra, la carga de un par de mulas; porque en adelante tu servidor no ofrecerá holocaustos ni sacrificios a otros dioses fuera del Señor.»

Se nos ofrece hoy solo una parte del relato de la curación de Naamán (5,1-27). Un resumen podía ser: La paz reina entre Israel y Siria, pero no es estable. El general sirio Naamán tiene una enfermedad cutánea. Los médicos y magos sirios no han podido hacer nada; sin embargo **una humilde esclava israelita** le sugiere confiarse a los cuidados de un profeta hebreo. Desde ella, la iniciativa pasa a la mujer de Naamán, al propio interesado y al rey de Siria para terminar en el rey de Israel ¡No es poco el aceptar el consejo de una esclava y acudir a un profeta extranjero! Es el eterno mensaje bíblico de que en la debilidad radica la fuerza. **Dios escoge lo débil para confundir al poderoso.**

SALMO RESPONSORIAL: SAL 97

R. El Señor revela a las naciones su salvación.

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas: su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo.

El Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia: se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. R.

Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera, gritad, vitoread, tocad. R.

2ª LECTURA: 2 TIMOTEO 2, 8-13

Querido hermano:

Haz memoria de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David.

Éste ha sido mi Evangelio, por el que sufro hasta llevar cadenas, como un malhechor; pero la palabra de Dios no está encadenada.

Por eso lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación, lograda por Cristo Jesús, con la gloria eterna.

Es doctrina segura: Si morimos con él, viviremos con él. Si perseveramos, reinaremos con él. Si lo negamos, también él nos negará. Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo.

Es la última carta de Pablo. Su testamento espiritual. Como dijimos, está de nuevo en prisión, en

Roma. A pesar de sus cadenas, Pablo acaba su vida en la alegría y en la esperanza.

El texto de hoy reproduce probablemente un **himno primitivo** que tiene características literarias semitas y parece una fórmula de fe recitada en el marco de una liturgia bautismal. El tema del himno es la solidaridad del cristiano con Cristo muerto y resucitado.

Es el motivo supremo que da sentido a los sufrimientos apostólicos de Timoteo. Es el camino que también siguió Pablo con la dura prisión. Pero no está encadenada la palabra de Dios; es posible que el apóstol esté pensando en la labor evangelizadora de sus colaboradores, también a sus sufrimientos como parte integrante de la labor apostólica.

EVANGELIO: LUCAS 17, 11-19

Nos encontramos con el **primer milagro** desde 14,1-6 y el cuarto de los que se relatan en el camino. En cada uno de ellos, lo fundamental no es el hecho milagroso, sino **la enseñanza que surge de él**. Por tercera vez nombra Jerusalén como punto de destino de su caminar.

El que vuelve curado es extranjero, está claro que la gracia se ofrece a todos con independencia de raza o religión. Los judíos no supieron responder a la misericordia de Dios. Mientras que otros creyeron en Jesús con entusiasmo. Entre ellos muchos paganos de la comunidad de Lucas que se pueden ver reflejados en el samaritano.

11-13 *Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían:
- «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.»*

El texto de hoy es continuación del evangelio del domingo pasado. Estamos nuevamente ante un **texto propio de Lucas**.

El grupo que sale al encuentro de Jesús está formado por judíos y samaritanos. Eran dos pueblos que se odiaban mutuamente y, por eso, evitaban el trato. En este caso no tienen inconveniente en ir juntos porque la desgracia, cuando es común, une a las personas.

Le gritan de lejos porque había incluso una legislación específica que les prohibía cualquier contacto con el resto de las personas, obligándolos a vivir fuera de pueblos y ciudades, y no sólo para evitar el contagio de la enfermedad, sino porque **eran impuros** y pensaban que la impureza (situación en la que el hombre no puede presentarse ante Dios ni participar de ninguna ceremonia religiosa) se contagiaba con el menor contacto. Lógicamente, tampoco había lugar para la compasión: la enfermedad que sufrían era **el merecido castigo** de sus propios pecados.

Le llaman "**Maestro**" a Jesús. Es un título que Lucas solo pone en boca de sus discípulos; esto podría hacer pensar que dichos leprosos, son considerados seguidores.

14 *Al verlos, les dijo: - «Id a presentaros a los sacerdotes.»
Y, mientras iban de camino, quedaron limpios.*

Piden ayuda a Jesús y este les manda ir al Templo a ofrecer un sacrificio de acción de gracias por su curación. Les manda esto antes de estar curados, es decir, los trata como si estuvieran libres de la enfermedad. Ellos **confían en su palabra y obedecen**. El resultado es que en el camino desaparece la lepra. La actitud de Jesús refleja dos cosas: que son personas como las demás y que está seguro de que pueden curarse. La actitud del grupo significa que creen la palabra de Jesús.

15-16 *Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Éste era un samaritano.*

Una vez curados, sólo uno vuelve a dar las gracias. Era un **samaritano**. Solo él ve y comprende totalmente lo que ha ocurrido en realidad. Su visión le permite comprender no solo que ha sido curado, sino que ha encontrado la salvación de Dios.

El verbo que emplea Lucas está vinculado a la alegría y la alabanza y sugiere una **realidad espiritual**: el leproso **interioriza** su curación, **intensifica** su confianza, **profundiza** su fe y **culmina** su conversión. Y antes del encuentro con Jesús, alaba a Dios con todo su corazón. Y la grandeza del sentimiento exige además que sea en voz alta.

Los judíos no vuelven para dar las gracias. Actúan como si no tuvieran nada que agradecer. Y no es que Jesús esté molesto porque no se lo agradecen. Lo que le sorprende y le parece mal es que no den gracias a Dios por la salud recobrada. No reclama para sí la gratitud -al fin y al cabo, ha sido la fe quien los ha curado-, pero es incorrecto no dar gracias a Dios por ello. La ingratitud pone de manifiesto que ellos no eran dignos del favor recibido.

17-19 *Jesús tomó la palabra y dijo: - « ¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?»
Y le dijo: - «Levántate, vete; tu fe te ha salvado.»*

Jesús, lejos de dirigirse al samaritano para felicitarlo, se orienta a todos los oyentes formulando un nuevo diagnóstico, no ya el de la lepra sino el de **la fe que se estanca**.

Los otros nueve eran galileos, de raza judía. Se creen con derecho a recibir sin dar nada a cambio, ni siquiera el reconocimiento y la gratitud hacia Dios. Nueve de ellos **no llegan a experimentar la "salvación"**.

Todos quedan limpios al salir de la aldea. Jesús no los toca, ni los libra directamente del yugo de la impureza. Van camino de Jerusalén a presentarse a los sacerdotes. El samaritano esta libre de ese yugo y vuelve a dar las gracias. Por eso es capaz de darse cuenta de que el único que salva es la persona de Jesús.

Lucas insiste, una vez más, en **la gratitud que acompaña a la fe**, en el carácter dialogal de la relación con Cristo y que **la liberación va más allá** de la rehabilitación física.

3. PREGUNTAS...

1. *Vinieron a su encuentro diez leprosos,*

Vinieron porque estaba en el camino, en la calle, en "las periferias" –como dice el Papa Francisco-. Si hubiera estado en el templo, seguro que no se los encuentra, sobre todo porque estaba prohibido que se acercaran.

Encuentro. Encontrar y dejarse encontrar. Solo el que busca encuentra. No vienen si hay rechazo. Pero Jesús acoge, toca, inspira confianza, tanta que no les hace nada y los envía a los sacerdotes dándoles autonomía.

Hoy día existen muchos leprosos entre nosotros. Son los mendigos, los sin techo, los sidosos, los parados de larga duración, los del otro lado del estrecho etc. Salen al encuentro de todo aquel que lleve una esperanza de curación, de trabajo, de escucha, de ternura.

- *¿Salen a mi encuentro? ¿Cuándo y cómo? ¿Los recibo, los escucho, los atiende? ¿Puedo contar alguna experiencia?*

2. *Ten compasión de nosotros*

Ante ese grito pidiendo compasión, a Jesús se le **estremecen las entrañas**. Porque la experiencia de Dios que tiene Jesús es la de un Dios compasivo. Dios nos siente como una madre siente al hijo de sus entrañas.

De ahí ese grito: **Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo** (Lc 6,36). Es la única manera de parecernos a Dios. "Puede parecer, sugiere Pagola, que esto de la compasión no está muy de moda, puede ser sentimentalismo, unos son más bondadosos, tienen más corazón, otros no... pero no es así. **Para Jesús la compasión es un principio de actuación**; sencillamente es interiorizar el dolor ajeno, que me duela a mí el sufrimiento de los demás y reaccionar haciendo lo posible por esa persona y aliviando su sufrimiento en la medida en que yo pueda.

Si leéis los evangelios desde esta clave, no veréis a Jesús preocupado por organizar una religión como las demás, pendiente de cómo hacer la liturgia, los sacrificios de otra manera distinta, más digna... sino que le veréis llamando a todos a **acoger a este Dios compasivo y a crear una sociedad nueva**, mirando hacia los últimos. Esto era una revolución".

Os propongo **subrayar** en el evangelio la palabra compasión, ya veréis. Solo algunas para que sigáis.

Amor compasivo a **las multitudes**: "*Al ver a la gente se conmovió porque estaban cansados y abatidos como ovejas sin pastor*" (Mt 9,36).

Amor compasivo a **los enfermos**: "*Acudió a él un leproso y le suplicó de rodillas: -Si quieres, puedes limpiarme. Conmovido, extendió la mano y lo tocó diciendo: -Quiero, queda limpio. Al momento se le quitó la lepra y quedó limpio.*" (Mc 1,40-45)

Amor compasivo en **sus parábolas**: Hijo pródigo (Lc 15,20); Samaritano (Lc 10,33); El hombre sin entrañas (Mt 18,27)

Amor compasivo a **las mujeres**: Viuda de Nain (Lc 7,13); Cananea (Mt 15,21-28)

3. *Uno de ellos, viéndose curado, se volvió. Era un samaritano*

Samaritano y leproso, doblemente marginado. El evangelio nos lo ofrece como **ejemplo en el "camino" de aprendizaje a ser discípulo**. Es verdad que el grupo de leprosos lo había admitido entre ellos, el dolor los hermanaba. Pero solo él regresara a dar gracias: aquel que es visto como inferior y medio pagano es el único que abre su corazón el Señor y nos muestra lo que es la verdadera limpieza: **la coherencia y la actuación sencilla y noble conforme al amor gratuito que recibe**.

Tener el corazón abierto para recibir y exultante para dar gracias es esencial al cristiano. El ser agradecido es una actitud básica de una persona nueva y reconciliada consigo misma, con los hermanos y con Dios.

Solo el samaritano descubre la novedad de Jesús. Como dijimos, solo él vio y comprendió la realidad que sucedía. Los otros nueve quedan libres de la lepra, pero continúan agarrados por la Ley y la religiosidad que divide y discrimina. Por eso van rápido al Templo. Hasta que no se den cuenta (nosotros también) de que la única forma de evitar toda clase de "lepra" es liberarse de la Ley que divide el mundo en sagrado y profano, puro e impuro, observantes y pecadores, buenos y malos, no podrán descubrir **la novedad del reino de Dios inaugurado en Jesús**.

- *¿Agradezco cada día los dones recibidos? ¿Si todo lo recibo gratis, lo devuelvo gratis o paso factura de todo lo que doy?*

4. *- «Levántate, vete; tu fe te ha salvado.»*

Cada domingo cuando entro en el salón para compartir el evangelio con los chicos de Naim, ya tienen escrito en la pizarra: **Tu fe te ha salvado**. Esta frase repetida por Jesús en muchas de sus curaciones les ha marcado. Y van experimentando el crecimiento interior con la adquisición de valores día a día.

Y es curioso cómo **Jesús elogia la fe** de un centurión romano (Mt 8, 5-13; Lc 7, 1-10), de una mujer cananea (Mt 15, 21-28; Mc 7, 24-30) o de un leproso samaritano (Lc 17, 11-19), todos ellos, personas que no tendrían la fe en el Dios de Israel. Pero sí que **confiaban en la persona de Jesús de Nazaret**, que tenían delante.

Porque es la plena **confianza** en Jesús, que irradia fuerza sanadora, lo que **potenciará** lo mejor que hay en mí para crecer como persona digna y responsable, dueña de mis actos, solidaria y compasiva.

Lo decisivo es reavivar en nosotros una fe viva y fuerte en Jesús. Jesús es lo mejor que tenemos en la Iglesia, y lo mejor que podemos ofrecer y comunicar al mundo de hoy. Nos lo repite el **Papa Francisco**: "*Hay que volver a Jesús que puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo. Esta conversión a Jesús es lo más importante que puede suceder en los próximos años*".